

CON DISTINTAS VOCES

¿Dónde voy a pasar el resto de mi vida?



**Juan Antonio Gómez
Trinidad**

*Catedrático de Filosofía
de Instituto*

La educación debe preparar a los alumnos para el futuro”, afirmó el conferenciante. De acuerdo, pero ¿cómo será? ¿Y cómo les preparamos?, replicó el oyente.

Hagamos memoria: apenas hace 25 años que se aprobó la Logse. ¿Podía alguien prever la situación actual, la plena escolarización no durante los diez años obligatorios, sino la de 13 o 14 de obligación social? ¿La aparición de las nuevas tecnologías con el acceso indiscriminado a la información? ¿Los movimientos migratorios que han llenado nuestras aulas de pluralidad cultural, social y religiosa? ¿Podría alguien vaticinar el grado de satisfacción –o de insatisfacción– y los resultados académicos?

Hagamos ahora un ejercicio: ¿Podemos imaginar cómo será la educación dentro de 25 años? No los espacios físicos o virtuales, los instrumentos de aprendizaje o incluso la metodología (según consenso será participativa, colaborativa, *online* y no sé cuántas cosas más), sino de su conjunto. No sé si acertarán, pero sí sé del fracaso que suelen tener los profetas tecnológicos. Nadie a principios del siglo XX podía prever la aparición del bolígrafo Bic, en plena veneración de las estilográficas, pero

mucho menos cómo sería la relación profesor-alumno. ¿Cómo será en un cuarto de siglo? ¿Qué tiempo de escolarización será necesario? ¿Cuál la edad de iniciación laboral habitual?

Pero la pregunta clave es: ¿Cómo preparar para ese futuro? Al fin y al cabo, como diría Woody Allen, “me interesa el futuro porque es el sitio donde voy a pasar el resto de mi vida”.

¿Cómo pueden los profesores preparar para el futuro y a la vez preservar el legado del pasado? La respuesta no es fácil, pero hay un cierto consenso: los profesores deben hablar menos y los alumnos participar mucho más.

Estos tienen acceso a la información con tanta o más facilidad que los profesores. La tarea educativa debe equiparles con tal bagaje de hábitos mentales que sean capaces de convertir la sociedad de la información en la del conocimiento, de cribar la información y convertirla en conocimientos sólidos, contrastados y coherentes. Pero la criba solo es posible desde unas coordenadas que el educador, mejor que nadie, puede ayudar a adquirir.

Los profesores deben centrarse en preguntar, orientar, proporcionar contexto y criterios, evaluar, como una etapa más del proceso de aprendizaje. Lo que nunca debe perder de vista el profesor es que lo más importante no es la tecnología en sí, sino los hábitos, las competencias que subyacen y que los alumnos deben aprender y dominar con o sin tecnología.

Por el contrario, el dominio de los instrumentos no es tarea prioritaria del profesor, sino de los alumnos. Los profesores no podemos competir con ellos en el dominio de cualquiera de los instrumentos digitales que están

por venir y de cuya existencia seguramente muy pocos saben actualmente.

Los alumnos pueden y deben encontrar información, organizarla, darle sentido. Analizar, verificar, experimentar, expresar, reflexionar, compartir, escribir, diseñar, decidir, asumir riesgos y consecuencias de las decisiones adoptadas... Son todas ellas habilidades que el alumno necesita para afrontar los retos del futuro, sean cuales sean las herramientas.

Más importante que esas capacidades, es dotarles de valores con los que discriminar los fines de los medios. Valores morales sin los cuales los conocimientos y los hábitos se pueden convertir en instrumentos peligrosos.

Lo que caracteriza al hombre como ser humano, es la dimensión ética. Toda acción humana lo es por ser moral, a diferencia de un animal, al que no se le juzga. La moralidad está vinculada a la libertad y esta a la responsabilidad, con la capacidad de dar respuesta de por qué hemos decidido actuar de una forma y no de otra. Decir que no somos responsables de forma sistemática, como parece inducir la educación y la sociedad actuales, es una forma sibilina, pero peligrosa, de prescindir de la libertad y reducir al hombre a un determinismo feroz, cuando no a un nivel de animalidad.

Pero la responsabilidad implica la convicción de que no estamos solos y de que nuestra vida solo tiene sentido en la medida en que nos relacionamos con los demás, en que somos valiosos pero no únicos.

Ello presupone el respeto como norma. Respeto, primero, a uno mismo, que implica conocimiento y aceptación. “Conócete a ti

mismo” tal como señala el aforismo griego, y “aceptación de sí mismo” a pesar de las limitaciones de todo ser humano. Como dice Angel Gabilondo, exministro de Educación: “Hay que gustarse poco, pero quererse mucho”.

Respeto al mundo que nos rodea, al medioambiente y al patrimonio cultural y artístico, del que somos usufructuarios, pero no dueños. No se trata solo de que haya una legislación que proteja a ambas, sino de que se interiorice este respeto como forma de ser y de actuar permanente en cada uno de nuestros jóvenes.

Respeto, en tercer lugar, por los demás, sin los cuales, empezando por los más próximos: padres, compañeros, y conciudadanos, no podemos llegar a realizarnos como personas. De nuevo hay que recordar a los griegos: “El hombre es un animal político”, si bien hay que aclarar que político significa no partidista, interesado, sino vivir en una *polis*, en una sociedad organizada sin la cual nunca alcanzaremos nuestro desarrollo, pero que requiere de nuestra implicación, de nuestro compromiso. Solo desde ese compromiso responsable, consciente y sostenido es posible otra política que ponga remedio a la situación tan deteriorada en la que nos encontramos. La redención política no nos vendrá de fuera, sino de un nuevo modo de vida que debemos propiciar a través del respeto y el compromiso con los demás.

No sabemos cómo será el futuro, pero con una educación así podemos convertirlo en una oportunidad de mejora, tanto personal como social.